

WEYLER

Weyler es un caso psicológico.

Le falta mucho para merecer el nombre de tirano.

Nos resistimos a creer que mañana figure su odiado nombre al lado de Julio César, Pedro el Grande y Napoleón.

La tiranía ^{tiene} también su lógica y su estética.

Parécenos de perlas el sobrenombre de El Carnicero, con que le ha confirmado el instinto popular.

Impotente para matar libertadores, hizo la guerra a las cosas y a los pacíficos. Fiaba más que en sus bayonetas en el paludismo; hubiera sido mejor que soldado, microbio.

¿Queréis conocer a un hombre? Revestidle de poder, contesta Pittaco. Tuvo el poder y resultó un tipo de las clasificaciones de Lombroso. Como gobernante, su gestión fué desdichadísima. El ganado, el tabaco, el problema de las subsistencias, la cuestión monetaria, diéronle pié para exteriorizar en sendos bandos, en que no salía tan maltratada la sindéresis como la justicia, sus concepciones de gobierno; que sin cuidarse ni de la significación de las palabras, ni de los precedentes del derecho, no ponía mano en nada sin que resultase un adefesio en el conjunto y un disparate en los detalles.

Injuriado, justamente injuriado, por la prensa americana, dirige telegramas suplicantes, un día al World y otro al Herald, para captarse solapadamente su benevolencia. Oficia de mendigo y estos periódicos aceptan la deprecación, como magnífico reclamo, y siguen impávidos su camino. ¡Qué poca vergüenza! Diríamos en castellano.

Como militar resultó un ~~insignificante~~ infeliz. Tuvo de ninfa Egeria

al Coronel Escribano. ¡Si Vds. lo conocieran!

Ocupado en organizar servicios, a modo de covachuelista con entorchados, no sale a campaña hasta estos últimos días, y la Revolución triunfante, entre tanto, juega al gana-pierde con sus tenientes.

Concibe un vasto plan de estrategia. Quiere encerrar al enemigo ¡ah zorra! en un laberinto para vencerlo a mansalva e idea la Trocha. Pero no contó con la huéspedada, no contó con la bala loca del oscuro Cirujeda, que al quitar la vida a Aquiles habría de echar por tierra el castillo de naipes tan pacientemente y a costa de tantos sacrificios levantado.

Este fracaso le hubiera valido al Carnicero un proceso criminal en otra parte que no fuera entre beduinos. Pero mataba cubanos y odiaba a la tierra, circunstancias que siempre constituirán entre españoles un caso de exención de responsabilidad penal.

Por fin, ha sucumbido. No ha muerto por sus faltas, sino por la imposición del adversario. A la trágala. En esto estriba el triunfo de la Revolución e importa que esto se consigne y se entienda.

¿Pero de este vencimiento deriva la causa de Cuba, inmediatamente, beneficio alguno?

Difícil se hace la contestación y no es posible, hoy por hoy, darla acertada.

De todos modos, o su sucesor sigue sus huellas, lo cual sería una mera sustitución de personas o modifica la política de la guerra. En este caso ningún perjuicio sufrirá la causa, que no depende de lo accesorio, pero, al fin, se hará la guerra como la guerra, es, y saldrá ganando en el cambio la causa de la jus-

ticia humana, que es anterior para todo republicano y hombre de bien, al concepto de patria. Olvidemos al Carnicero y tengámos fé en los designios de Dios. ¡Oh, mentecato! ya tú no existes y Cuba sí. Trágala! Trágala!

G. Cauto.

Cuba y América, New York, noviembre 1º, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA